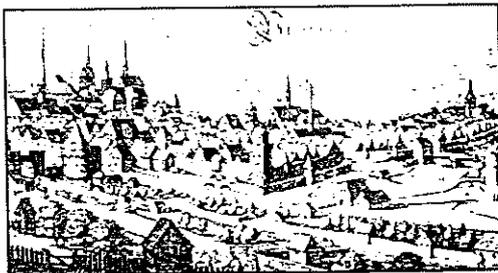


El lunes 26 de abril, 62 aniversario del bombardeo de Gernika, después de los actos conmemorativos en el cementerio de Zallo, el Colectivo de Sobrevivientes del Bombardeo de Gernika celebró su III Encuentro, coordinado por el Centro de Investigación por la Paz Gernika Gogoratuz. En este Encuentro se planteó públicamente, en forma de carta abierta al Ministro de Cultura español, Mariano Rajoy, que se rectifique la versión nunca desmentida hasta ahora del gobierno de Franco según la cual Gernika fue destruida por los «rojos separatistas».

La Voz de Pforzheim



En el mismo acto, los supervivientes del bombardeo de Gernika intercambiaron sus experiencias de cómo vivieron el desastre y cómo rehicieron sus vidas con supervivientes de los bombardeos de Barcelona y

Castellón en la Guerra Civil española, y de Dresden y Pforzheim en la segunda Guerra Mundial. Siendo esta última la ciudad hermanada de Gernika y además probablemente la ciudad que más población perdió en relación con sus habitantes durante los ataques aéreos del final de la Segunda Guerra Mundial - 18.000 muertos en 20 minutos de una población de apenas 100.000 habitantes -, nos interesa aquí especialmente el testimonio del Señor Dieter Bolz, nacido en Pforzheim el 10 de noviembre de 1938 y hoy en día todavía tesorero del ayuntamiento de su ciudad natal.

Encuentro de supervivientes de los Bombardeos de Pforzheim y Gernika:

El testimonio de Dieter Bolz

«Me acuerdo perfectamente de la tarde del 23 de febrero de 1945. Con amigos estaba jugando al fútbol en una pequeña plaza en frente de nuestro piso. Aquella tarde vimos muy a lo lejos en el cielo los aviones de reconocimiento de los ingleses que seguramente estaban haciendo las últimas fotografías para preparar el ataque. (...)

Por la tarde mi madre me acostó medio vestido, como de costumbre por la frecuencia de los ataques aéreos. Poco después, tras la alarma, me sacó de la cama y fuimos corriendo al sótano. Me acuerdo como los últimos vecinos en llegar al refugio cerraron la puerta metálica del refugio antiaéreo. Luego estuvimos sentados en los bancos del estrecho pasillo del sótano, llenos de miedo. El siguiente detalle del que me acuerdo fue el impacto de una bomba que alcanzó nuestra casa de lleno y la derrumbó con un terrible estruendo; los escombros golpearon el techo del sótano y la puerta del refugio. Al mismo tiempo se abrió la puerta de la chimenea que se hallaba en el pasillo y una nube de polvo y ceniza invadió el sótano y nos dejó sin respiración. Estuvimos llorando y rezando, esperando que el techo, la puerta y las ventanillas aguantaran y nos quedara suficiente oxígeno para sobrevivir.

No sé cuánto tiempo pasó, tal vez una hora. Después de las últimas detonaciones, unos vecinos intentaron abrir la puerta del refugio o las estrechas ventanillas del sótano, pero todo estaba sepultado por los escombros. Felizmente, durante la guerra se había tomado

la precaución de abrir huecos entre los sótanos para poder pasar de una casa a otra, y tres casas más adelante se podía abrir la puerta del sótano. Pero toda la escalera estaba ardiendo e incluso la calle estaba cubierta de escombros en llamas y hasta la misma calle estaba ardiendo por causa del fósforo derramado por las bombas incendiarias.

No se podía pasar sin más. No había agua y en el sótano sólo había un barril lleno de sidra. Con esto nos mojamos toda la ropa y también unas mantas que allí encontramos y nos las echamos encima, nos tapamos las bocas con trapos mojados y así logramos atravesar las llamas y los escombros, atravesar la calle y llegar a la orilla del río Enz. (...) En la seguridad de la orilla salimos de la ciudad y llegamos a un túnel de ferrocarril donde pasamos la noche con cientos de supervivientes. Ellos nos contaron que todo el centro de la ciudad había sido destruido. (...)

El trauma del ataque aéreo me provocó una enfermedad crónica llamada Cardio Spasmus que me hacía devolver cualquier comida sólida y a menudo no podía comer durante días. Después de largos tratamientos en varios hospitales, me operaron en 1956, lo cual no me curó pero sí consiguió hacerme la vida soportable. Pero aún hoy tengo que beber al menos un litro en cualquier comida. También me han quedado problemas psicológicos y no puedo soportar el sonido de sirenas y de detonaciones de bombas, ni verlo en televisión».

▲ Michael Kasper